

Fuego Vivo

(proyecto colectivo)

Autores:

Norma Alicia Sierra Estrada
Marcos Baena Berguio
Dolors Barchino Ricarte
Lydia Monreal Mena
José Navieras García
Enrique Sancho Ehlert
Gabriela Valdez González

Prólogo y supervisión:

Ignacio Ferrando Pérez

ÍNDICE

Prólogo, pág.5

En el fin del mundo, pág.9

El árbol del fin del mundo, pág.23

Eternamente Mirian, pág.35

Ulises y los sueños, pág. 51

Omar regresa, pág. 61

La nueva expedición, pág 77

La montaña calló, pág. 91

PRÓLOGO

Hace cinco meses, un grupo de alumnos de Escritura Creativa y yo iniciamos este proyecto de creación colectiva guiados por la temeridad y la ilusión, casi fanática, que tenemos por la literatura. Cinco meses después y con muchas páginas y correcciones por delante, nos sentimos orgullosos de presentar ese trabajo que en sus orígenes dilucidábamos como algo incierto, vago, casi imposible.

Dicen los entendidos que la escritura es un acto íntimo, solitario, casi masturbatorio y no seré yo el que desmienta algo cierto. Pero también es verdad que hay otro modo de escribir y que este texto se ha gestado a su sombra. Un modo colectivo, en el cual cada uno de los miembros es un pilar fundamental que sustenta la estructura. Un sistema de escribir tan diligente, por turnos, que tiene lo que el tradicional y se apoya en la colectividad. Un sistema moderno que sólo funciona cuando cada uno de los integrantes sabe qué tiene entre manos y la firme

convicción de finalizar el proyecto. Y me consta, al menos en este caso, que así ha sido.

Como exploradores alrededor del fuego, como arquitectos en una sala de juntas, hemos ido tramando el argumento, primero de un modo germinal, casi incoherente, susurrándonos secretos al oído y luego corrigiendo lo que hicimos la noche anterior, indigestados de conflictos y puntos de vista. El trabajo ha sido duro y cada cual ha impreso su sello personal. Pero lo que es seguro es que todos han dejado una parte de sí, la mejor, en estos textos, como debe ser.

He de confesar que si alguna satisfacción me ha reportado este trabajo como profesor, es el resultado obtenido y el tener claro la seriedad y el compromiso de estos siete alumnos que, a pesar de que todavía tantean entre las tinieblas de la escritura, han sido capaces de escribir este proyecto. Porque es cierto. Para qué vamos a engañarnos. *Fuego vivo* no es ningún best-seller y estoy seguro de que ninguno nos haremos ricos con esto. Pero tengo el convencimiento, y eso es lo importante, de que aquí hemos trabajado al límite de nuestras posibilidades.

Es probable que contemos con lectores como tú, que se acercan curiosos a lo

excéntrico, que son un poco luchadores de lo diminuto y amantes de la lentitud, es probable que nos regales tus minutos y te hagamos sonreír o te tengamos un rato en suspense o al borde de un acantilado y quizá, sólo quizá, consigamos conmoverte con esta historia.

Si lo conseguimos, llámanos, tendremos pagados el esfuerzo.

Ignacio Ferrando
Madrid, 10 de mayo de 2006

1. EN EL FIN DEL MUNDO

Norma Alicia Sierra Estrada
Chihuahua (México)

– ¿Los fósforos, Ramón? – Preguntó
Ulises.

No hubo respuesta, sólo tenía cinco en la caja. Olvidó hacer esa compra. Empezaba a ponerse el sol de ese día. Martín Moricz, el guía del grupo que estaba ocupado con las chicas, alcanzó a escuchar la pregunta de Ulises y volteó la cabeza. Esto le hizo sentir un mareo que le ocasionó perder el equilibrio y, estando al filo de la pared de hielo, resbaló. En un momento estaba en la orilla su mano derecha tratando en vano de sostener su cuerpo. Vianney quería decir algo. Ulises y Alejandro intentaron correr para alcanzar su brazo. Todos vieron con horror, cómo Martín, se despeñaba por el precipicio.

El clima era perfecto para salir por la mañana. Hacía algo de frío. Sin embargo, si

todo iba bien según lo previsto, estarían de vuelta antes del anochecer del día dos, para evitar, al bajar de la montaña, el súbito descenso de temperatura que en esa región tiene lugar.

Era un grupo de doce personas que se dirigían al monte Olivia, uno de los más característicos de la ciudad de Ushuaia, que en yàmana, lengua nativa del lugar, significa “Bahía mirando al poniente”. Está ubicada en la isla Grande de Tierra del Fuego, sobre el canal de Beagle. Es la ciudad más austral del mundo. Tiene una superficie de seiscientos treinta mil hectáreas de bosques y una colección de imágenes bellísimas en cualquier época del año: colores marrón y sepia en otoño, estampas de hielo o arco iris cubriendo la tierra.

El grupo había llegado desde distintas partes del mundo y se alojaron en el albergue Aonikenk, que tiene 5 habitaciones con 10 plazas, lo cual era un problema, ya que ellos sumaban doce en total. Ninguno de ellos se había visto, tenían en común el gusto por el campismo, ningún compromiso familiar y el internet les había unido.

– El último en llegar, será el que busque en otro albergue o duerma en el autobús– les había advertido Martín Moricz, unos meses antes, pues todos los lugares estarán abarrotados para febrero.

La cita era por la mañana siguiente a las 5:00 a.m., aún antes de despuntar la brillante aurora austral. El primer punto sería un lugar para camping junto al Arroyo Grande, a 2 Km. de Ushuaia.

El paseo era prometedor pues el recorrido era de los más peligrosos. Las copas nevadas de aquellos muermos de casi cuarenta metros serían apenas avistadas desde la montaña. Martín Moricz, tuvo que improvisar un curso express de senderismo, que incluía cuidados sobre las cuerdas para rappel, nociones de escalada y orientación. El grupo no tenía mucha experiencia.

Al llegar a Arroyo Grande, Ramón y Martín revisaron el equipo tres veces para asegurarse de que todo estaba bien: brújulas, silbatos, cuerdas elásticas y para amarres, crampones, piolets, bordones, mochilas con lo necesario. Y sobre todo alimentos, botes de leche condensada y atún. A Jessica

Mollinari en el albergue le obligaron a tirar la mitad de las cosas. Cosméticos y miles de tonterías que aumentaban inútilmente el peso. Solo le dejaron el espejo como posible equipo de seguridad.

Miguel Novoa, era un pesado; de niño fue scout y creía saberlo todo de la montaña. Quería hacer que se aprendieran al menos, diez nudos y cinco amarres cada uno. Estuvo medio día construyendo un mochilero; eso sí, equipó un excelente botiquín de primeros auxilios.

La noche siguiente a la llegada, instalaron el campamento al pie de la montaña.

– ¿Alguien tiene una linterna de sobra?– Jorge anduvo preguntando tienda por tienda. Tan se había olvidado de las baterías extra, como de que no debía usar las linternas igual que una lámpara de casa.

Se las gastó de un tirón. Eso representaba una linterna menos para el regreso de la montaña. Hicieron una fogata para ultimar detalles y una vez que el

campamento estuvo hecho y que todos estaban ahí, Martín tomó la palabra:

– Espero que hayan revisado todas las cosas bien. Mañana saldremos al punto de las 5:00 a.m. Para entonces ya deben haber desayunado, levantado el campamento y todo lo que haga falta. No olviden las botas, bien cerradas, los guantes, los lentes para la nieve. No quiero accidentes estúpidos.

Al mencionarlo tenía la vista puesta sobre las chicas, como si los caballeros estuvieran exentos de todo problema. ¿Habría olvidado ya que Jorge los dejó con una lámpara de menos?

El bosque era abundante en vegetación. Las chicas habían visto a lo lejos algunos zorros que miraban con recelo. Admiraban las flores blancas del ulmo que no dejan de llamar la atención. La luna lo iluminaba todo, hacía que las montañas brillaran a causa de la nieve. Caminando por el bosque, al dirigirse al monte Olivia, se ve el Arroyo grande y al pasarlo, está el Valle de Tierra Mayor de espectacular belleza. Los sonidos de la noche, el bosque y el fuego en armonía, amenizaban el momento. Pero el

fuego interno, era lo que daba más calor a esa noche.

Eran las cinco menos veinte minutos y todo estaba dispuesto para partir. Casi todo. Violeta se había quedado dormida. Trató en vano de hablar por el celular, el cual ni remotamente funcionaría en un refugio en el fin del mundo. Martín solía ser paciente pero por norma general, se encolerizaba ante los imprevistos estúpidos, como él mismo los definiría.

Oscar, Ulises y Alejandro eran los más altos y por ello, los que irían al frente. Junto a Martín. Las mujeres irían en pareja con alguno de los muchachos. Justin tenía un poco de problemas con el lenguaje, venía del norte de Chicago, Estados Unidos y su español era pobre. Fernanda y Omar eran los únicos que tenían experiencia en montañas nevadas. Alejandro trabajaba como mecánico experto y se encargó de revisar por última vez el autobús que los llevaría de regreso a

Ushuaia; lo estacionó en un lugar seguro cerca del camino de inicio.

– ¡Vianney! ¿No piensas venir?– Gritó Martín Moricz a la chica más seria del grupo. Les costó convencerla de acompañarlos al viaje debido a que le temía un poco a las alturas. Aún lo pensaba. Se quedó ahí, de pié, con su mochila a la espalda mirando la montaña.

Amanecía ya y se encaminaban a Olivia con entusiasmo. Sus caras estaban llenas de asombro ante el paisaje; sus pasos eran firmes y seguros. Hablaban poco al avanzar porque los once grados bajo cero, no dejaban articular muchas palabras con facilidad. A las dos horas de camino hicieron la primera parada para tomar café y calentar un poco sus gargantas.

Martín sacó un mapa y su brújula y los hizo acercarse:

– He marcado la ruta de regreso en este mapa. Es importante que no le quitemos la vista de encima. No voy a dejarlo un instante. Por cierto, es hora de que se pongan

el bloqueador solar, hemos caminado algo y ya sale el sol.

– ¿A quién le tocaba traer el bloqueador?– Preguntó Jessica.

– A ti, hijita, recuerda que tú misma lo propusiste por preocuparte tanto de no volverte morena. ¡No me digas que no lo tienes!– Dijo Fernanda en tono molesto.

Martín intervino de inmediato:

– El debilitamiento de la capa de ozono se deja sentir en este tipo de zonas más fuertemente por lo que se vuelve indispensable acentuar la protección de la piel. Regresar por el bloqueador, tomaría más de dos horas en ir y luego lo mismo al volver hasta donde estamos, eso cuesta medio día. Cubran sus caras lo más que puedan y vamos a continuar, al fin solo serán un par de días.

La expresión del rostro de Martín Moricz dijo más que sus palabras. Estaba furioso. El trabajo de equipo es indispensable en toda excursión.

Continuaron caminando y pronto se encontraron en el lugar en que iniciarían el ascenso.

El viento hacía que el frío fuera mayor. Por otra parte, solo un buen guía sabe que el hielo tiene niveles y calidades, lo que hace que su consistencia varíe. Justin y Omar sacaron los crampones y los piolets, armaron a cada quien con una calzonera y revisaron de nuevo las cuerdas.

– ¿Nos podemos tomar un café?– dijo Vianney tratando de hacer más tiempo.

Era evidente que le daba miedo iniciar el ascenso a la montaña. Martín le había dicho que no ascenderían mucho. De ese modo no tendría tanto miedo.

Poco a poco llegaron al primer descanso en el que había una excelente pared de hielo para sortear. Debían subir esa pared, avanzar unos cientos de metros hasta el segundo descanso y montar ahí el campamento pues la segunda pared a escalar es aún más larga. Decidieron seguir hasta el tercer descanso e instalar ahí el campamento

pese a que casi tuvieron que cargar a Vianney un par de ocasiones.

Ya en lo alto de la segunda pared, al ir a encender la fogata pues el termómetro marcaba ya cerca de los diecinueve grados bajo cero:

– ¿Los fósforos, Ramón? – dijo Ulises

No hubo respuesta, solo tenía cinco en la caja. Olvidó hacer esa compra. Empezaba a ponerse el sol de ese día. Martín Moricz, que estaba ocupado con las chicas, alcanzó a escuchar la pregunta de Ulises y giró automáticamente la cabeza. Esto le hizo sentir un mareo que le ocasionó perder el equilibrio y, estando al filo de la pared de hielo, resbaló. Con la mano derecha intentó asirse del hielo que continuaba cediendo ante el peso de su cuerpo. Su vista estaba clavada en el grupo. Pedía auxilio sin decir una palabra. El esfuerzo por sostenerse con ambas manos fracasó. En un segundo pasó su vida frente a sus ojos.

Las muchachas lo vieron y se quedaron pasmadas, inmóviles. Se les congeló el rostro literalmente. Ulises y Alejandro que estaban

cerca de Martín intentaron atraparlo en vano. El resto del grupo trabajaba en instalar las tiendas para dormir y apenas reaccionaron. En un acto reflejo todos se acercaron a la orilla y lo único que pudieron ver era una especie de cruz en la nieve, muy al fondo, dibujada por el cuerpo inerte de Martín Moricz.

Fernanda rompió en llanto, Justin empezó a gritar como loco, Jorge le dió una bofetada para calmarlo.

Por ese día, el fuego se había apagado en cada uno de ellos. El grupo quedó solo en medio de la nada, en el fin del mundo.

Nadie cenó. Todos pensaban para sus adentros. Flotaba un silencio denso, incómodo. EL FUEGO chispeaba en medio, rodeado de piedras, montañas y mucho hielo.

De pronto fuè como si el tiempo se hubiera detenido. Todos se retiraron a dormir sin más.

Por la mañana, Miguel y Violeta acordaron organizar al grupo de alguna forma para esperar a ser rescatados en ese lugar o buscar la manera de salir de ahí.

– No creo que sea bueno que caminemos. Nos perderíamos en la montaña– Fuè la opinión que diò Jessica.

– Sometamos a votación el quedarnos y aguardar por un rescate o el ir a buscar ayuda– dijo Alejandro.

– Los que estén a favor de quedarnos levanten la mano. ¿Para qué vamos a andar más? No podemos estar más perdidos. ¿Acaso alguien sabe dónde estamos?– agregó Violeta.

– Yo opino que caminemos montaña abajo, ¿quién me sigue?– Oscar había observado a Martín cuando revisaba el mapa y creía saber cómo descender.

La mayoría optó por no moverse del lugar, el hielo parecía macizo y no creían estar lejos del autobús. Alguien los encontraría pronto, el camión, era la señal para que los buscaran.

– Alejandro – preguntó Omar, –
¿dejaste el autobús a la vista?

– No mucho...– le contestó.

– ¿Quién está a favor de que
caminemos? – gritó desesperada Fernanda

– ¡Yo! – Justin fue el primero en
contestar.

– Lo dice por que quizá entendió a
medias – Agregó Ulises.

Nadie más levantó la mano.

– ¿Quién está a favor de que
esperemos? – Volvió a preguntar Fernanda.

Todos los demás levantaron la mano,
incluso Oscar y Ulises que antes dijeran que
buscarían ayuda montaña abajo. De pronto
Violeta tuvo una idea:

– Podríamos contar historias. Así la espera se nos hará amena. No sé. Algo que haya marcado nuestra vida, algo inconfesable de su persona, lo más extravagante. Eso evitará que perdamos la cordura mientras nos rescatan. Evitará que dejemos que se apague el fuego.

2. EL ÁRBOL CENTENARIO

Dolors Barchino Ricarte
Arinsal (Andorra)

–La idea me parece perfecta, pero no olvidemos que lo prioritario para todos nosotros en estos momentos, es mantener el fuego encendido – dijo Fernanda– Más importante aún que la comida.

El grupo permanecía lo mas apretados posible, para aprovechar el calor de sus cuerpos. Iban pensando en alguna historia cuando Violeta empezó a hablar.

–Aquí estamos, rodeados de hielo, con frío, y pienso en mi pueblo, rodeado de bosques, de árboles centenarios, robles, castaños... – Divagaba Violeta entrecerrando los ojos.Los demás permanecían callados. De pronto se golpeó la frente con una mano y muy resuelta se dirigió a los demás – Acabo de recordar un caso que ocurrió cuando yo era joven. Lo contaré y así empezamos con la primera historia.– Se caló el gorro hasta las orejas y cambió la posición de sus piernas

cruzadas. Todos centraron su atención en ella.

—Hace 20 años vivía en el pueblo de Cinafa, en la comarca del Rodal. Era, y es, un lugar tranquilo, rodeado de montañas y bosques. Cerca de mi casa estaba la casa de mis tíos, Julián y Elena. Se accedía a la puerta de entrada atravesando un jardín con parterres, bancos y flores. En medio reinaba un gran árbol centenario. Proyectaba una agradable sombra en verano, bajo la que muchos de nosotros pasábamos horas hablando, jugando y comiendo. Sus enormes ramas llegaban hasta las ventanas del primer piso, donde estaban las habitaciones. Su alto y recio tronco estaba grabado con corazones y nombres de gentes que un día quisieron dejar huella de su amor tatuando el viejo árbol, como “Jose ama a Tere” ,éstos eran mis padres.

Mis tíos tenían una única hija, la pequeña Amelia. Les había llegado cuando ya no esperaban ningún hijo, y tal vez por eso, la adoraban todavía más. Amelia era una criatura frágil y delicada. Tenía la piel tan blanca que parecía transparente. Sus ojos, enormes, con unas pestañas doradas, que

enmarcaban una mirada inocente. Pero lo que más llamaba la atención era su pelo. Una melena larga y rubia, que su madre se ocupaba en cepillar cada noche. Siempre llevaba consigo una muñeca que todos en broma, llamábamos Amelita, ya que era una reproducción en miniatura de mi prima. La cogía de la mano como si fuera una niña pequeña y le hablaba. Era normal ver a Amelia y a su muñeca, una al lado de la otra, sentadas en un banco, bajo el árbol y enfrascadas en una “conversación” que podía durar horas.

Mis hermanos y yo, junto con otros amigos de nuestra edad, corríamos y saltábamos por todas partes. Mi prima Amelia deseaba unirse a nosotros, pero era demasiado pequeña para acompañarnos en muchas aventuras y tenía que quedarse en su jardín, bajo la atenta mirada de su madre.

La vida transcurría con tranquilidad cuando, un día, se presentó de improvisto mi tía en casa preguntando por la pequeña Amelia.

—Llevo buscándola una hora . No se dónde se habrá metido. Me asomé a la

ventana, y no estaba. La llamé, y la llamé y no me respondía.— Cuando le dijimos que Amelia no estaba con nosotros, que no la habíamos visto, se puso histérica. Se tapaba las orejas con las manos, llorando, como si no pudiera creer que no sabía dónde estaba su hijita. Llegó mi tío, la tomó en brazos y se quedó consolándola, acariciando su cabeza, mimándola con ternura.

—Todo esto está muy bien, Violeta, pero no podemos seguir aquí sentados, escuchando cuentos chinos, esperando que ocurra un milagro — dijo Ramón, mientras se dirigía a avivar un fuego que parecía ir perdiendo fuerza.

—Hay que organizarse. Ya es de día y hasta dentro de 24 horas no nos espera nadie. Yo no voy a quedarme dos días metido en un saco para que nos encuentren después del deshielo convertidos en cubitos de hielo y disfrazados de exploradores.— Dijo Oscar, levantándose violentamente.

—Aquí no hay deshielo, bruto, estas nieves son perpetuas.

–Razón de más para no quedarse. Ahora estamos fuertes, mañana estaremos peor que hoy...

–De acuerdo.– dijo Violeta.– Vosotros dos que sois los más experimentados, podríais coger algo de la poca comida que tenemos e intentar volver por donde vinimos para encontrar ayuda.

–De acuerdo, no perdamos más tiempo.– Dijo Omar.

– Llevaos mi móvil, a ver si hay suerte y más abajo hay cobertura.– Dijo Violeta alargándoles el aparato.

Todos colaboraron en equipar lo mejor posible a los dos compañeros que se alejaron con rapidez. Mientras los perdían de vista, se sumieron en un silencio que alguien no tardó en romper:

– Pero ¿quién se está ocupando del fuego? ¿No hemos quedado que uno ha de estar pendiente de que no se apague?– Gritó Jorge, y todos corrieron hacia la reducida hoguera que se iba debilitando. Jessica se apresuró a añadir pequeñas ramas y pronto la

llama volvió a crepitar con alegría. Volvieron a situarse muy apretados unos contra otros. Violeta, frotándose las manos metidas en los guantes, continuó con la historia.

—Todo el pueblo salió a buscar a Amelia. En poco rato habíamos mirado en todas las casas. Nos organizamos por grupos. Unos hacia el río, otros hacia el bosque, hacia el camino, hacia la montaña, en los graneros. El señor Laurediano tomó sus perros de caza, y con un jersey de mi prima, les indicó que siguieran el rastro. Pero los perros no se alejaban de la casa de la niña, daban vueltas y más vueltas, ladrando. Tras varias horas nos reagrupamos todos para confrontar noticias. Nada. Como si se hubiera evaporado. Se acercaba la noche. Llegó la policía, los bomberos. Seguíamos sin tener ninguna pista. Empezaron las especulaciones, que si habían visto a un desconocido rondando un día antes, que si se había caído a un pozo, que si se había escondido en algún rincón y se habría quedado dormida. Dijeron de todo. La buscamos durante días y días. Su cara salió en las noticias, en los periódicos. Nada.

El caso afectó mucho a los vecinos del pueblo. Los niños ya no jugaban, se reunían

muy juntos y su imaginación se desbocaba en hipótesis a cual más absurda. Juanito decía que eran los extraterrestres y mi hermano el mayor, que era cosa de una secta.

Los adultos tampoco dejaban de especular y muchas madres prohibieron a sus pequeños salir de casa sin un mayor que los acompañara. La psicosis estaba servida.

Pero quien estaba peor era mi tía Elena. Decía y aseguraba que oía a su hija llamándola por las noches: “mama, mamá, ven a buscarme.” No podía dormir. Las ramas del gran árbol golpeaban en los cristales y ella decía que era su hijita que quería entrar. Entonces abría la ventana y como no veía a nadie se volvía loca de desesperación. Una noche salió en camión y descalza, como una sonámbula, y cuando mi tío la alcanzó había andado campo a través un kilómetro, y tenía los pies y las piernas llenos de arañazos. Deliraba de día y lloraba de noche. Tres meses después, los médicos que la trataban aconsejaron internarla en un centro psiquiátrico ya que peligraba su propia integridad. Así mi tío se quedó solo. Mi madre, su hermana, no quiso dejarlo con su

pena en aquella casa y se vino a vivir con mi familia.

Pasaba el tiempo, y aunque cosas como ésta no se olvidan, se aprende a vivir con ellas.

Una tarde, el gato de la señora Pepita escapó. Perseguido por uno de los perros del señor Laurediano, se encaramó a la rama más alta del viejo árbol de la casa de mis tíos. Subió muy rápido, pero una vez arriba, estaba tan asustado que no pudo bajar. Los chavales se ofrecieron enseguida para rescatar al minino y allí nos dirigimos todos a presenciar la operación rescate. No hubo dudas en que fuera Juanito el héroe de turno. Era valiente y capaz de trepar hasta por una farola. El primer tramo era fácil de subir, pero para llegar hasta “Polonio” tuvo que usar sus manos y sus pies como si fuera un mono. Cogió al bicho por el lomo e inició el descenso. Al llegar a la base donde el tronco se bifurcaba en las anchas ramas, le falló un pie introduciéndose en un agujero. Entonces vio que el árbol estaba hueco por dentro. Gritó:

¡Aquí hay algo, aquí hay algo! Metió la mano y tocó una madeja de hilos, siguió palpando y notó algo duro y redondo.

Era la cabellera y los huesos de mi prima Amelia. Sacaron sus restos de aquel lugar que la había tenido aprisionada tanto tiempo. Había estado allí siempre. Supusimos que por algún motivo se había subido al árbol y había resbalado por el estrecho hueco de éste.

Se desveló el misterio, la incógnita que nos había acongojado durante tanto tiempo. Pero la verdad era un golpe peor que la duda.

Después de enterrar aquel féretro blanco y menudo cubierto de flores como un pedacito de jardín, mi tío se dirigió decidido a la que era su casa. Cogió la sierra eléctrica y cortó de raíz el árbol que le arrebató todo lo que tenía.

Aún se puede ver el tocón que quedó rodeado de hojas muertas delante de la casa abandonada.

–Qué fuerte, podías haber explicado algo más divertido, me has dejado mal cuerpo.

–A mi también.

–jajaja –reía Violeta– veo que estáis muy susceptibles. ¿Quién sigue con otra historia?

– ¿Y si comemos algo? – Sugirió Jessica.

– Sólo piensas en comer, hay que racionarse. Por cierto, si mañana por la mañana no tenemos noticias de Omar y Oscar , dos de nosotros deberíamos hacer lo mismo y continuar lo que ellos han empezado.

– No sabemos si les ha pasado algo.

–Pues por eso, esto es una cuenta atrás, cada día que pasa tenemos menos probabilidades de salir de ésta.

–Si nos quedamos moriremos de hambre y de frío.

–Y si nos aventuramos, también.

–Pues yo no moriré esperando.

–De acuerdo, no nos peleemos, esta noche decidimos quién sale mañana y quién hace guardia para mantener el fuego encendido. No podemos dejar que se apague, sólo quedan 3 cerillas y dependemos del calor para seguir vivos. Ahora pensemos en otra cosa para no hundirnos. Otra historia, por favor.

3. ETERNAMENTE MIRIAN

Marcos Baena Bergío
Madrid (España)

Omar y Ulises habían racionado los alimentos que traían en comida y cena para tres días. El mediodía llegaba a su fin y decidieron hacer un alto para hacer una fugaz comida junto al fuego.

Desde el relato de Violeta, Vianney se había quedado ausente, mirando al horizonte sin ningún punto de referencia aparente.

– Si no os importa ahora contaré mi historia.– Dijo, interrumpiendo la conversación, a la cual no estaba prestando atención –. He mantenido un secreto durante quince años y aún no sabemos cómo saldremos de esta. Creo que ha llegado el momento de compartirlo con alguien.

Miró a un lateral, asintió con la cabeza e inició su relato:

– Todos tenemos un primer recuerdo que perdura toda la vida. Uno que cuando comentamos a nuestros padres nos dicen asombrados que en aquella época tendrías menos de tres años. Mi primer recuerdo remonta a cuando tenía una enfermedad que me tuvo en cama casi un año. Mis padres por aquel entonces ya estaban bastante preocupados por la muerte de una hermana anterior a mí. Aparte de los cuidados de mi madre y la visita de mi padre y mis hermanos Javi y Elisa, había una chica de unos trece años que no se movía de la silla de mi habitación. Su pelo era rubio. Lo tenía largo, cayéndole de forma muy graciosa sobre los hombros. Los rasgos de la cara me eran muy conocidos. Frente estrecha, nariz chata, labios grandes y carnosos, piel blanca. Daba la sensación de que si en cualquier momento se ponía de pie, sus piernas de cristal se partirían. Llevaba un camisón de hospital, de esos abiertos por detrás, con dos, tres lacitos, que dejaba ver su espalda. Aunque al principio no me hablaba, no me extrañé puesto que nadie la dirigía la palabra. Pasado un tiempo rompí mi timidez, y un día la pregunté:

“– ¿Cómo te llamas?”

– Ella sonrió ladeando la cabeza.

“– ¿Duermes sentada?– Continué preguntando ante la ausencia de respuesta. Me incorporé en la cama.

– Antes esta era mi habitación, ¿sabes?– dijo muy bajito revisando las esquinas y los muebles.

– ¿Vivías aquí antes? ¿Tus papás se olvidaron de ti?

– ¿Con quién hablas? – me interrogó mi madre entrando por la puerta con la merienda.

– Con la nena. – respondí señalando la silla.”

– Mi madre miró la silla y sonrió.

“– ¿Qué te cuenta la nena?

– Hasta hoy no hemos hablado.

– Tómate toda la merienda, cariño.”

– Mi madre me besó la frente y salió por la puerta.

“– Me llamo Arwen– dijo la chica. Y volvió a sonreír.”

– Cuando llegó mi padre por la noche de trabajar, sentí cómo mi madre le comentaba la necesidad de que los mayores jugaran más conmigo.

– Perdona Vianney – interrumpió Miguel–. Jessy, ¿me podrías dejar ver tu mochila?– Jessy se levantó pesadamente y se la pasó.

– ¿Para qué la quieres?

– Es algo importante– respondió hurgando en el fondo–. Si efectivamente aquí están. Me pareció haberlas visto ayer– dijo mientras tiraba un montón de revistas al fuego.

–¡ Mis revistas! Eres un estúpido. Te odio. Ojalá te mueras. Eres despreciable– farfulló llorando mientras se iba a una tienda.

– Si gracias a esto sobrevives mañana me lo agradecerás– chilló.

– Una mañana me desperté sobresaltada. Arwen me estaba acariciando el pelo. La oí cómo cantaba: “desde un país lejano llegó una carta para ti. Si la muevo suena igual que la felicidad”. A partir de entonces se convertiría en nuestra canción. Mi madre al oírme cantarla me preguntó que dónde había escuchado esa canción, si cuando yo nací esos dibujos ya habían terminado. Desde ese primer día de cantar la canción, empecé a mejorar.

– Yo entiendo algo de psicología – interrumpió Miguel –. Entre niños que pasan mucho tiempo a solas o con problemas de comunicación, es normal crear un amigo invisible – Miguel calló ante la mirada fría de Vianney.

– Pasado un tiempo ya me encontraba restablecida del todo. Mi madre estaba preocupada por mi integración con los niños del colegio. A veces bajaba a la calle con ellos, pero no pasaba mucho tiempo antes de irme a un rincón con Arwen. Mis padres no empezaron a preocuparse en serio hasta que

no llegó ese invierno. Las tardes eran oscuras y duraban días. Cascadas de agua caían de los canalones y el viento corría derribando árboles, tirando las macetas del balcón de Jacinta, la vecina de enfrente y haciendo bailar bolsas de la compra. Pasaba horas riendo y mirando con Arwen por la ventana, la gente intentaba avanzar por la plaza como si la fuerza de la gravedad fuera la de Júpiter. Debido a todo ello, pasamos dos meses casi completos metidos en casa. Arwen y yo pasábamos mucho tiempo juntas. Nuestro juego favorito era el escondite. Normalmente, ella era la primera en esconderse. A veces pasaban horas hasta que conseguía encontrarla. Luego me escondía yo. Una vez, buscando el mejor escondite, se me ocurrió ir a la habitación de mis padres. Me tenían terminantemente prohibido entrar. Pero esta vez iba a ganar a Arwen. Me escondí en el armario. Desde allí la oí contar; “cuarenta y nueve, cincuenta. Voy”. Empezó a buscarme por la cocina a la vez que me llamaba. La tabla sobre la que estaba se rompió y me apoyé en la puerta. Esta se abrió y salí despedida del armario, lanzando un gran grito. Mi madre llegó a su habitación corriendo y echándose las manos a la cabeza.

“– ¿Qué haces aquí?– cuando mi madre ponía los brazos en jarras ya podía preparar el culo.

– Estoy jugando al escondite.

– ¡Me tienes harta! No sabes las ganas que tengo de que llegue el buen tiempo”.

– En ese momento miré, por primera vez en mi vida, la mesilla de mis padres.

“– ¡Una foto de Arwen!– dije sorprendida. Mi madre quedó estupefacta a la vez que su cara morena pasó al blanco más imaculado.

– ¿Cómo sabes que es el mote de tu hermana Miriam?. No la llegaste a conocer.

– Está en la puerta– respondí”.

–Arwen, Arwen. Me suena ese nombre–dijo Justin.

– Sí, es una elfa de “El señor de los anillos”. A mi padre le gusta mucho ese libro y, por lo visto, le puso el mote a mi hermana por esa belleza tan frágil que tenía.

Esa noche oí como mis padres cuchicheaban en la cama. Me levante, fui de puntillas hasta la puerta de mis padres, arrimé la oreja a la puerta y pude cotillear como mi madre le contaba a mi padre lo sucedido aquella tarde.

“– Probablemente haya entrado en la habitación en algún momento que no la hayamos visto. Ya sabes como son los críos – la tranquilizó mi padre”.

– Debido a mi enfermedad, llevaba una dieta muy rigurosa. Mis padres, para tener controladas mis comidas, me prohibían comer entre horas. Algunas veces pedía a Miriam que me alcanzara del armario de encima de la nevera el Cola Cao y las galletas. Una vez nos pusimos a jugar y nos olvidamos todo encima de la mesa de la cocina y el armario abierto. Mi madre lo vio y me llamó.

“–¿Cómo has cogido eso?

– Me lo ha alcanzado Miriam.

– ¡Estoy cansada de que siempre la pongas como excusa!”.

– Cuando ocurrían cosas como estas, yo me iba a un rincón de la habitación llorando llamando a Miriam. Ella venía y me consolaba cantando nuestra canción. Poco a poco mis padres se fueron cansando de ver puertas de armarios, ventanas y grifos abiertos. Una tarde al llegar del colegio, me encontré con mis padres y un desconocido sentados en el sofá del salón.

“– Mira Vianney. Este hombre se llama Oscar. Ha venido a hablar contigo”.

– Lo primero que llamaba la atención eran sus dos grandes ojos verdes, enmarcados por una sonrisa, casi de buzón de correos. Aquel hombre andaría entre los treinta y cinco y cuarenta años. Recogía su larga melena morena en una coleta.

“– Hola Oscar... ¿eres psicólogo?– Oscar miró a mis padres.

–¿Cómo lo sabes?

– Me lo ha dicho Miriam. Dice que no le gustas. Que nos queréis separar.

– ¿Está aquí contigo?

– No. Se ha ido a nuestra habitación – en ese momento Miriam, muy enfadada, cerró de un portazo la puerta de nuestra habitación. Todos miraron en dirección a la puerta.

– ¿Te quieres sentar un rato aquí con nosotros?– dijo Oscar dando una palmadita al sofá.

– Sí.

– Te importaría que te hiciera una revisión.

– ¿Cómo el médico? ¿Me darás el palo después de mirarme las anginas?

– Sí, te daré el palo – yo asentí con la cabeza”.

– Oscar sacó una linterna y me miró los ojos y los oídos. Después me hizo seguir su dedo con la mirada. Me hizo quitarme el peto me observó y me auscultó.

“– ¿Qué es lo que haces con Miriam?

– Jugar.

– ¿Habláis?

– Mucho. Nos reímos de la gente. Me ayuda en los deberes Me dice cómo pintarme...

– Bien – dijo Oscar dirigiéndose a mis padres –. Ya tengo material para dar un diagnóstico. Tal cómo pensaba...

– ¿Me está diciendo que tenemos un fantasma en casa?

– No es un fantasma maligno, entiéndame. Es lo que los médium llamarían un ángel de la guarda.

– Entiendo – asintió mi padre –. Pero no me gustaría que mi hija se pasara el resto de su vida teniendo apariciones, y termine loca confundiendo la realidad con lo de otro mundo. Además del malestar en la casa.

– ¿No han pensado que es su hija Miriam?– mi madre rompió a llorar.

– Mi hija murió hace seis años – sentenció mi padre”.

– Oscar tanteó en un bolsillo de su pantalón y sacó una cartera. La abrió y sacó una tarjeta de visita. Lo único que ponía era “Carlos Mancusso”. Y abajo un número de teléfono.

“– Antes era sacerdote. Llámelo de mi parte. Es un gran amigo” – se despidió de todos y se fue.

– Bueno. Yo si me disculpáis, empiezo a orinarme – dijo Ramón levantándose. Ya he tenido bastante historia truculenta con la de Violeta.

– Tendríamos que limitar una zona para no hacer nuestras necesidades allí– dijo Ulises.

– Sí. No tendremos comida, pero bebida no nos va a faltar... sigue Vianney.

–A los pocos días estaba jugando con mis hermanos y mi padre me llamó. Hacía un rato que había sonado el timbre, pero ninguno de nosotros le había hecho demasiado caso. A excepción de Miriam.

“– Vianney. ¿Puedes venir al salón?”

– Troté hacia el salón. Me encontré de bruces con un hombre bajo y regordete. Su cara impenetrable, hacía contraste con sus ojos expresivos. El salón estaba inundado de flores. Cientos de velas blancas encendidas hacían un pasillo hasta la ventana, que estaba abierta. Una suave brisa entraba por ella. En el centro había una silla.

“– ¡Hola! Me llamo Carlos. Siéntate en la silla, por favor – giró sobre sus pies y se dirigió a mis padres –. Si nos permiten”.

– Mis padres me besaron al pasar a mi lado y desaparecieron tras la puerta del salón. Yo me senté en la silla. El hombre sacó una petaquita de un maletín y un crucifijo. Dejó la petaca en el suelo e hizo una oración. La abrió y derramó su líquido por la sala. Percibí un olor a azahar. El hombre se puso frente a mí.

“– Esto no te va a doler– dijo con una mueca que pretendía ser una sonrisa tranquilizadora –. Mírame a los ojos – sentí cómo iba cayendo en una espiral. Veía otros sitios a través de sus ojos, cosas que no había visto, y es probable que no vea. Cosas que no se que son. Me vi hablando con gente

desconocida ante un fuego. Y entonces me dio con su palma en mi frente. Me sentí transportada a otro sitio, desconocido. Parecía no haber nadie. Un silencio atronador lo llenaba todo. Intenté echar a andar, pero mi cuerpo no pesaba nada y al segundo paso empecé a volar. Me di cuenta que las cosas parecían etéreas. De pronto oí una voz.

– Esta no es tu casa. Estas muerta. No hay nada que te detenga. Ve con Dios en paz”.

– De repente me desperté inundada en sudor. Sentía mi cuerpo con un débil pero continuo dolor. Carlos seguía en el mismo sitio y la misma postura que antes que perdiera el conocimiento. Al verme abrir los ojos, me saludó con otra mueca. Ahora soy mayor de lo que llegó a ser mi hermana. Pero sé que, a pesar de todo, me acompañará siempre.

Todos miraron el sitio vacío al lado de Vianney, que hasta ahora había pasado inadvertidos para ellos. La nieve estaba hundida.

– ¿Alguien ha visto a Ramón? Hace mucho tiempo que se fue y todavía no ha vuelto.

4. ULISES Y LOS SUEÑOS

Lydia Monreal Mena
El Campello, Alicante (España)

Ulises, a pesar de sus cuarenta y siete años parecía mucho más joven. Tenía una espalda ancha, ojos del color del ébano, y todavía no tenía canas. Durante el viaje había hablado poco. Parecía un hombre esquivo, de pocas palabras. Solo unas cuantas frases había intercambiado con Jessica y Violeta. Después del incidente con los fósforos, que había ocasionado el que Martín resbalase y se matara, había evitado a Ramón en todas las ocasiones posibles. Aunque nadie decía nada, en silencio, los componentes del equipo, pesaban que éste era el culpable de que todos se encontraran en esa situación.

Había contratado el viaje quince días antes porque necesitaba alejarse de España para meditar sobre todo lo que había pasado en su vida durante estos dos últimos años. Comentó con José, su íntimo amigo desde la época de colegio, que necesitaba reencontrarse a sí mismo. Desde que perdió a

su familia nada tenía sentido para él y le pidió que le ayudara. José fue quien buscó en internet el viaje, lo preparó y lo envió al fin del mundo “ en este lugar, si no te encuentras contigo mismo, es porque no tienes solución” le había dicho mientras le mostraba los billetes de avión.

Era la una de la tarde, el sol calentaba la plataforma de hielo y la temperatura era mucho más cálida. A esa hora todavía no habían vuelto ni Omar ni Oscar, que habían retrocedido por el mismo camino para tratar de encontrar ayuda.

Desde que Vianney contase su historia, el círculo de amigos que formaron se había reducido. Jorge, Jessica y Fernanda se habían levantado con la excusa de intentar poner un poco de estirar las piernas. Los demás seguían sentados, mirándose unos a otros. Se les notaba cansados. Conforme avanzaba el día, ellos se daban cuenta de que era casi seguro que se iban a enfrentar a una segunda noche en el frío suelo del monte Olivia.

Ante el asombro de todos, Ulises, empezó a reír de forma compulsiva. Su cara estaba tan roja que parecía que iba a estallar

de un momento a otro. Las lágrimas le saltaban de los ojos y corrían por las mejillas sin detenerse.

—Se puede saber de qué te ríes, a mí no me parece nada, pero que nada gracioso— dijo Jessica.

—¡Qué no! ¡Vaya que no! Todo, todo es de chiste—gritó Ulises mientras se reía sin parar.

—¿De chiste?, joder. ¡Tú eres un imbécil! Si estar aquí es un chiste, ¿sabes que te digo? Pues que yo, me cago en el chiste. A ver, vosotros: ¿quien es el gilipoyas que está de acuerdo con este idiota?—dijo Ramón.

En ese momento aparecía por detrás de una roca. Dijo que se iba a orinar y había vuelto después de dos horas. Y venía sólo.

Los demás, que no esperaban a nadie, giraron la cabeza y lo miraron con asombro. El ambiente estaba tenso. Todos los ojos se lanzaban miradas intentando prever qué es lo que pasaría después.

—Oye, Tú. Si digo que es gracioso, es gracioso. Y si a ti no te lo parece que te den—contestó un tanto alterado Ulises.

—Me parece que estáis perdiendo los papeles y muchas más cosas...

Comentó Violeta, intentando poner paz en ese dialogo tan absurdo que estaban compartiendo los dos compañeros.

—Tú no te metas. Lianta. Ere tú la que has inventado esto. Eres la culpable de que estemos en esta situación. — gitó Ramón.

—¡Deja de decir estupideces! Ella no tiene la culpa de nada. Tú, tú eres el verdadero culpable: si hubieras comprado los fósforos, Martín aún seguiría vivo y no estaríamos aquí contando chorradas—dijo Alejandro.

—A mí no me digas que me calle.

Ramón salió corriendo hacía él y en su carrera tropezó con las piernas de Ulises que continuaba riéndose. En ese momento lanzó una carcajada con tanta fuerza que su voz al

rebotó en las paredes de hielo y fue como si alguien les llamara desde cualquier otro sitio.

Al tropezar en su carrera, rodó por el suelo y llegó justo hasta las brasas apagándolas.

—Pero bueno. Tú si que eres un inútil, mira lo que has hecho—dijo Jorge

—Dios mío. De esta no salimos. Creo que este hombre es un gafe—contestó Fernanda.

Ramón se incorporó como pudo, y se fue en sentido contrario al lugar de donde había venido.

—Ulises, ¿podrías explicarnos que tiene de gracioso esta situación?, porque a mí no me resulta nada divertida— interrumpió Violeta

—Veréis, cuando tenía doce años vivía en un pueblo que se dedicaba a la agricultura. Un bonito pueblo en la estepa manchega. La familia de mi padre vivía allí desde hacía generaciones y nunca tuvieron ninguna intención de abandonar el pueblo. Decían que

la tierra era lo que les hacía sentirse unidos y que nunca debían dejar de trabajarla.

Era costumbre, como las fincas de trabajo estaban muy alejadas del pueblo, que los hombres que iban a trabajar se quedaran media semana en los “bombos”.

—Ulises, ¿qué es un bombo?— preguntó Jorge....

—Verás Jorge, un “bombo” es una construcción de piedra, parecida a una casa, donde se resguardaban, antiguamente, los gañanes por la noche, junto a sus mulas.

—Señor diccionario, ¿qué es un gañan?— preguntó Ramón, que volvía a estar por allí.

—Un labrador...

Mientras contestaba, Ulises, le lanzó una mirada llena de odio que hubiese hecho estremecer a cualquiera, excepto a Ramón. El hombre atlético, de anchas espaldas y voz pausada, empezaba a demostrar que no tenía mucha paciencia y que ciertas bromas no le hacían ninguna gracia. Pero Ramón, que se

había dado cuenta de cual era su punto débil preguntó con toda la mala intención:

—Y... se puede saber cómo te pusieron el nombre de Ulises tus padres. Unos señores, que según tú cuentas, no les gustaba viajar.

El interpelado volvió la cabeza hasta que se encontró cara a cara con Ramón. Lo miró fijo. Todos se dieron cuenta que en cualquier momento Ulises iba a saltar encima de él. Ambos se pasaron dos minutos midiendo sus fuerzas. La diferencia de estatura, de peso corporal y de vitalidad podían inclinar la balanza hacia uno de ellos sin dificultad. Algo debió de pasar por la cabeza de Ulises porque se volvió a todos los demás para continuar diciendo:

—¡Este hombre se está buscando un problema! —explicó dirigiendo la mirada hacia los demás— No sabe que mis padres me pusieron Ulises porque me iban a enseñar a pasar ante los cantos de sirena y no conmoverme. Ahora como siga por ese camino va a recibir algo que nunca olvidará —terminó diciendo— ¿Por dónde iba?

—Nos decías cómo era un “bombo”—contestó Vianney

— Un “Bombo” es una construcción de piedra, parecida a una casa, donde se resguardaban los gañanes por la noche junto a sus mulas.

— Junto a sus mulas... ¡qué asco!

Jessica, siempre tan delicada, no pudo evitar sentir repugnancia ante la sola idea de que su piel estuviese en contacto con las mulas.

— ¡Sí! Un asco grande, bonita. Pero... ya verás cómo, si los dos que se han ido, no vuelven pronto, vas a desear tener unas cuantas mulas para que te den calor por la noche...— comentó Ulises en voz baja— Vamos a ver. ¿Queréis o no queréis, que cuente el porqué todo lo que pasa me parece un chiste? —dijo irritado Ulises— Creo, que si lo escucháis, puede resultar interesante para todos.

—Bueno, vale. Qué nadie pregunte nada más... qué dice Ulises que nos interesa a

todos— gritó con todas sus fuerzas Alejandro.

Todos se callaron.

Ulises movió la cabeza. Se podía ver desde lejos que su paciencia se estaba acabando por momentos. Así fue como algunos de los reunidos optaron por permanecer en silencio.

— Mira da igual lo que hiciera mi padre, me da igual el bombo y me da igual la mula. Lo único que yo quiero es explicar porqué me río. No voy a contar ninguna historia.

Y Ulises continuó.

—Un día cuando tenía doce años, ocurrió. Yo estaba en clase. El profesor, al fondo, en la tarima, explicaba una lección que a mí, no me importaba mucho. Los rayos de sol atravesaban las persianas de madera y me daban en la cara. Era la hora de la siesta, las cuatro de la tarde. Entre el calorcito de la ventana, el murmullo del profesor y que me había sentado en el último pupitre, empecé a dormirme poco a poco. En el momento más

relajado, cuando me encontraba en el sopor de la tarde intentando que los párpados no se me cerraran ocurrió: empecé a ver una película.

Me había dejado la libreta, encima de la mesa. La tapa era de color marrón claro y aunque os parezca extraño me vi como reflejado en ella. Yo estaba allí. Me había convertido en una persona adulta, vivía en otro pueblo y estaba casado. Tenía dos hijos: una chica y un chico, muy guapos, y... era feliz.

—Genial. Una vida estupenda. Me encanta. Era de lo más normalita ¿no?—
intervino Ramón.

Se hizo el silencio, todos esperaban que la respuesta fuese acompañada de un estufido. Pero se equivocaron.

— Efectivamente: normal y por desgracia estupenda—dijo Ulises agachando la cabeza— Dos años después del sueño la ruina del campo y el auge de la industria obligo a mis padres a trasladarse de ciudad. Allí conocí a mi mujer. Nos casamos. Y es

cierto que tuve una familia, dos hijos muy guapos y una vida feliz.

Un día, no recuerdo cómo ni por qué, monté un negocio. Una discoteca donde por algún motivo, que aún no entiendo, dejé que se traficase con cocaína. La fama de la sala se extendió en muy poco tiempo. La verdad es que no fue mi intención el que allí se vendiese droga, pero sucedió. Primero fue algún que otro “peta”, luego alguna que otra pastilla y al final era tráfico con todas las palabras. Cierto es que gané mucho dinero.

Marina, mi mujer, no estaba de acuerdo con lo que hacía porque tenía miedo de que me detuvieran.

¡Detenerme! Eso era lo que tenían que haber hecho, detenerme.

Pero no acabó todo ahí. El dinero, la droga y mis debilidades hicieron mella en mi matrimonio. Un día conocí a Gloria y ella fue el final de todo. Dejé a mi familia y me cerraron la sala. Dejé de tener dinero y Gloria se fué.

— Por Dios Ulises, esto parece una película. No me digas que viste a los doce años reflejado en la carátula de la libreta todo lo que te ha pasado en la vida. Las cosas no son así, a veces hay coincidencias.

— Ramón, no he acabado todavía...
— espetó Ulises— No he dicho que haya terminado de contar el sueño que tuve a los doce años. Después de verme cómo era de mayor, mi otro pueblo, con mis hijos y mi felicidad; me vi dentro de un huracán. Mi mujer y mis hijos se quedaron fuera. No sabía por qué pero me veía envuelto entre unas plantas verdes con cuatro hojas y con mucho humo que no venía de un incendio. Recuerdo que era una sensación agobiante, sólo ver la escena me hacía sentir mal, miserable, sucio. Era algo muy, pero que muy desagradable.

Luego vi que el huracán me dejó en una carretera con dos bifurcaciones: una de ellas me llevaba a una arboleda. La otra me llevaba lejos, a otro país, a un lugar donde había hielo, a unas montañas con nieve perpetua y allí hacía mucho frío.

—¿Pudiste ver algo más?, ¿algo que tengamos que saber?— preguntó Jorge de repente.

Pude ver que en la primera carretera, donde estaba la arboleda, al final de la misma, había un camino con una casa. En la puerta estaban jugando los que un día fueron mis hijos con sus hijos. Yo no estaba allí. Traté de buscarme en otro sitio y me encontré en el país del hielo, subido en una plataforma y con gente a la que no conocía. Luego...

—Esos somos nosotros—dijo Jorge— ¿qué nos pasa?

—¡Venga va!, me estás diciendo que todo esto estaba en tu sueño, y que tú lo supiste cuando tuviste doce años.

—Luego... en la montaña... al final del camino estaba...

Ulises en ese momento dejó de hablar, su cara cambió de color y se quedó pálido. Se levantó y se alejó del grupo. Ahora no reía. Paso por el lado de Ramón y éste se apartó de él.

—Ulises, al final del camino qué... ¿vamos a salir de esta?—le preguntó asustada Violeta.

—Ulises, no te vayas. Tú sueño, ¿que decía tú sueño?— preguntaba asustado Jorge.

—¡Mierda! Vamos a morir. Seguro que de esta no salimos — intervino Alejandro.

Todos se miraron unos a otros en silencio. En ese momento se oyó un ruido detrás de la montaña

5. OMAR REGRESA

Gabriela Valdez González
Coahuila (México)

Al escuchar el ruido, salen todos de la tienda de campaña. Ven a Omar que caminaba frente a ellos, cubierto de nieve y lágrimas. Su mirada perdida y sin decir palabra alguna, los deja sin aliento. De pronto, frente a esa imagen ausente de Omar, Alejandro preguntó:

– ¿Qué ha sucedido Omar? ¿Dónde está Oscar?

Omar pasa de largo, daba la impresión de no haber escuchado a Alejandro, ni de haberse percatado de la presencia de sus compañeros que esperaban noticias. Entra en la tienda y se mete en su saco de dormir sin ver a nadie ni responder una sola pregunta. Todos permanecieron callados, preguntándose que había pasado en la montaña, y donde había quedado Oscar. Pasó casi una hora sin que nadie hablara sobre el tema. Permanecieron frente a las brasas,

tomando un poco de café para calentarse un poco.

Jessica fue la primera en romper el silencio, para organizar los grupos que cuidasen las brasas y evitar que se apagara nuevamente.

– Creo que debemos coordinarnos para cuidar el fuego. Solo nos quedan dos cerillas después de que Ramón cayera por accidente sobre las brasas.

– No podemos arriesgarnos a perder otro fósforo, por que no sabemos cuanto tiempo más estaremos aquí. – agregó Violeta.

– A menos que antes quedemos congelados eternamente, perdidos en medio de la nada. – dijo Miguel a modo de burla, pero sin poder evitar mostrar su terrible miedo a que se hiciera realidad.

– Yo me ofrezco a ser el primero. – dijo Ulises – ¿Quién se anima a hacerme compañía durante algunas horas?

– Yo me quedo contigo – dijo Justin.

– Pues creo que lo mejor será tomar turnos de dos horas, para no exponernos demasiado tiempo al frío. – Fue la sugerencia de Jessica– Así que Ramón y yo podremos continuar con la guardia después de Ulises y Justin. ¿Te parece bien Ramón?

Ramón asintió sin decir una sola palabra. Mientras continuaban organizándose para montar guardias, se escuchó un grito muy fuerte que venía del interior de la tienda. Por un momento habían olvidado que Omar estaba dentro. Estaba llorando y gritando como un niño, sin poder contenerse. Todos corrieron hacia donde se encontraba. Al entrar lo ven sentado con las rodillas flexionadas y su cara metida entre ellas, tapando sus ojos con las manos y meciéndose de un lado a otro.

Nadie decía nada, se quedaron pasmados al verlo sufrir de tal manera, que ninguno supo que decirle. Fernanda, que anteriormente había realizado excursiones con Omar, por lo que le conocía bastante bien, se acercó a él por detrás y lo abrazó. En ese instante, los lamentos de Omar se hicieron más fuertes e imposibles de controlar. Omar no paraba de gritar y

articulaba palabras imposibles de comprender. Fernanda solo le abrazaba fuertemente mientras él se aferraba a ella. Ahora Fernanda estaba llorando junto con él.

Omar empezó a esforzarse por controlar su llanto, trataba de respirar profundo, pero estaba congestionado y le era imposible respirar. Por el contrario, empezaba a sufrir ataques de tos. Jessica, se acerca con algunos pañuelos desechables que llevaba en su chaqueta, y le ofrece un café para calentarse un poco. En ese momento se encontraban todos alrededor de Omar, intentando mostrarle su apoyo, al mismo tiempo que esperaban escuchar alguna noticia.

Fernanda seguía aferrada a sus hombros, en una muestra de solidaridad y afecto. Omar empieza a hablar, intentando explicar lo que sucedió:

– Le grité que no lo hiciera. Le pedí que hiciera un esfuerzo más, que yo no lo dejaría– decía entre sollozos– pero Oscar estaba asustado.

– Debes intentar tranquilizarte, estás muy agotado y debes guardar energía. – Le dice Jessica– Ya no te esfuerces más.

– Estaba colgando de la cuerda, nos estábamos sosteniendo solo de mi clavo de escalada, pero no aguantaría mucho tiempo el peso de los dos. Yo le gritaba que hiciera el intento de cogerse nuevamente a la pared. Pero él solo decía que no quería que yo muriera por su culpa. Le grité que hiciera un último esfuerzo, que el podría lograrlo. Pero – en ese momento Omar se derrumbó nuevamente llorando sin parar.

Fernanda lo abraza fuertemente. Jorge se pone frente a él y le dice para tranquilizarle:

– Vamos amigo, no tienes que seguir hablando si no quieres. Nadie te va a cuestionar ya. Sabemos que hiciste lo que pudiste. No te martirices más.

– De pronto, – continúa Omar intentando incorporarse – vi que Oscar sacó una navaja y cortó la soga que lo mantenía unido a mí. ¡No pude hacer nada! – Sin darse

cuenta, Omar estaba gritando. Ya sin fuerzas volvió a llorar como un niño.

Todos estaban callados, aguantando el llanto para no alterar más a Omar. Pasaron varios minutos sin que nadie dijese una palabra.

Minutos después, Omar se quedó dormido. Fernanda lo acomoda y arropa lo mejor posible para asegurarse que descansa un rato.

Afuera de la tienda, el sol se había puesto, la temperatura descendía muy rápido, el viento era más fuerte y se sentía el frío más que la noche anterior. Esa segunda noche a la que tanto miedo le tenían todos, había llegado sin poderlo evitar. Estaban todos dentro de la tienda, buscaban darse calor unos a otros, pues el cansancio y el frío estaban ganando la batalla.

– Permítanme contaros algo sobre Omar. Se que la experiencia que acaba de vivir con la muerte de Oscar no queda solamente aquí. Se que esto lo ha hecho revivir emociones y recuerdos que luchaba

por dejar en el pasado. – Dijo Fernanda en voz baja, procurando no despertar a Omar.

– ¿A qué te refieres Fernanda? – preguntó Miguel.

– Nos conocimos hace 5 años, en estos viajes de excursión sobre montañas nevadas. Después de ese primer viaje, nos seguimos encontrando casualmente en varias ocasiones más. La última vez, fue un viaje en el que Omar había animado a su único hermano a realizar ese viaje.

– ¿Hace cuanto tiempo de ese último viaje? – Preguntó Jessica, disculpándose con la mirada por la interrupción, pensando que había sido una pregunta innecesaria.

– Ese viaje fue hace poco más de un año. Éramos solo 5 personas más el guía. Todos teníamos experiencia, menos el hermano de Omar, que a pesar de eso se veía muy entusiasmado. Omar era como su Ángel de la Guarda. No paraba de preguntarle por su equipo, para cerciorarse que lo llevara completo y en orden.

Nadie decía ni una sola palabra. Estaban muy atentos a lo que Fernanda les estaba platicando. Tenían tan presente la imagen de Omar al verlo llorar, y no sabían qué decir para confortarlo. Por ahora lo dejarían dormir un rato. Fernanda continuó hablando.

– Nunca supimos exactamente qué pasó, solo recuerdo que escuchamos a Omar gritarle a su hermano desesperadamente. Sólo alcance a entender que aguantara un poco, que él le ayudaría. – Una lágrima se vio caer por su mejilla, guardó silencio un momento y continuó – Después escuchamos un grito más, cuando Omar vio caer a su hermano al vacío. El resto de la excursión, nos limitamos a regresar al punto de partida para pedir rescate por el cuerpo. Nadie decía una sola palabra, el guía se encargó del rescate y de avisar a la familia de Omar, pues él estaba desconectado de la realidad, perdido en sí mismo. No había expresión en su rostro, solo una mirada de dolor y de incredulidad.

Ahora empezaban a comprender un poco el dolor de Omar, pues no solo vivía el dolor por perder a un compañero, sino que se enfrentaba al recuerdo de la muerte de su

hermano. Su corazón estaba sacando todo lo que no pudo expresar en su momento, y que había guardado por más de un año.

– Sé que estuvo mucho tiempo sin hablar con nadie. – prosiguió Fernanda – Solo el tiempo le ayudó a salir de ese estado, y poder incorporarse poco a poco a la vida. Este viaje es el primero después de aquel día, en una lucha por superar ésa pérdida. Pero como vemos, no ha tenido éxito.

– Nadie lo hemos tenido. Ni siquiera sabemos si podremos salir vivos de ésta. – dice Miguel, ahora con la mirada perdida y llena de temor.

– Debemos tranquilizarnos, y pensar bien lo que vamos a hacer. No podemos quedarnos con los brazos cruzados esperando a que nos localicen. Tenemos que encontrar una manera de volver y pedir ayuda. – Dijo Ramón volteando a ver a cada uno de sus compañeros.

– Tienes razón, porque yo no quiero morir congelado y sin luchar por sobrevivir. Prefiero morir intentándolo, a morir con los

brazos cruzados esperando un milagro. – dijo Alejandro.

– ¡Lo hemos olvidado! – dijo Ulises, tronando los dedos y levantándose de su lugar, mientras volteaba a ver a Justin – Nos quedamos escuchando, y no hemos revisado las brasas.

Y salió de la tienda lo más rápido que pudo, porque sus piernas estaban entumecidas por el frío. Justin se levantó detrás de él mientras los demás se veían los unos a los otros. No tardaron ni 30 segundos en regresar, llenos de miedo y desesperación en su rostro.

– Se han apagado las brasas. – dijo Ulises llorando de impotencia, al ver que lo había olvidado por completo.

– ¡Dios mío! Creo que de esta no salimos – dijo Jessica, llevando sus manos a la cara en señal de abatimiento.

– Nos quedan dos cerillas, debemos usar una y guardar la otra, cuidando las brasas como si solo de ello dependiera nuestra vida.

– dice Alejandro entregando la penúltima cerilla a Ulises.

Ahora debían aguardar la luz del sol, y definir su plan para ir en busca de ayuda. Solo anhelaban sobrevivir a una noche más de frío, pues estaban muy cansados y los víveres se agotaban. Omar se despertó en ese momento, temblaba sin poderse controlar.

6. LA NUEVA EXPEDICIÓN

Enrique Sancho Ehlert
Palma de Mallorca (España)

Vianney cogió la mano a Omar y se la acarició. Miguel Novoa le tocó la frente durante unos segundos. Luego apoyó las yemas de los dedos por debajo de la oreja. Estiró la manta para taparle el cuello y se dirigió a Vianney.

– Parece que tiene algo de fiebre. Acércame el botiquín– dijo, señalando junto a Vianney.

– ¿Sabes qué tiene?

– No. De momento le daré paracetamol.

Omar comenzó a sollozar, cubriéndose la cara con las manos. Miguel Novoa tomó de nuevo el botiquín, y extrajo una píldora de otro frasco. Fernanda le miró con recelo.

– Es un tranquilizante– dijo en voz baja, casi inaudible.

Fernanda asintió con un leve movimiento de cabeza. Miguel Novoa sujetó la cabeza de Omar.

– Tómate esto, para la fiebre– dijo, metiéndole las píldoras en la boca.

Le acercó la cantimplora a los labios y Omar bebió unos sorbos. Luego se dio la vuelta.

Ulises encendió de nuevo la hoguera. En apenas unos minutos había conseguido un fuego muy intenso.

– No eches tantas ramas, que provocarás un incendio– dijo Ramón con sorna.

– No hay peligro. Los árboles están a más de veinte metros– respondió Ulises en tono tajante.

– Basta ya, no perdamos energías discutiendo– les increpó Alejandro.

Ramón agachó la cabeza mirando el fuego y estiró las manos para calentarlas.

– Me quedo vigilando el fuego. ¿Quién me relevará dentro de dos horas?– dijo Ulises.

– Quedamos que lo haría yo– dijo Ramón. Se dio la vuelta y se dirigió a la tienda.

– Los demás deberíamos ir a dormir. Mañana tenemos mucho por hacer– dijo Alejandro.

Al alba iniciaron los preparativos para que dos compañeros acometiesen un nuevo descenso.

– Si os parece bien, me gustaría ir a buscar ayuda. Tengo experiencia y todavía estoy con fuerzas– dijo Miguel Novoa.

– Te acompañaré– respondió Alejandro.

– Yo tengo más experiencia en escalada que tu– dijo Fernanda.

– Pero tú... – Alejandro dejó la frase a medias.

– Déjate de tonterías. Lo importante es salir de aquí– insistió Fernanda.

– Está bien, tal vez así tengamos más probabilidades de éxito.

Fernanda y Miguel Novoa se despidieron del grupo e iniciaron el descenso. Los demás les observaron con nuevas esperanzas, hasta que desaparecieron tras una columna de hielo. Entonces Violeta propuso seguir contando historias.

– No creo que sea un buen momento para contar cuentos– dijo Alejandro desmoralizado.

– A pesar de todo, debemos intentar mantener el ánimo– dijo Jessica.

– Está bien. Si os parece, sentémonos alrededor del fuego y os contaré una historia que viví en una excursión por La Pampa– concluyó Alejandro.

Todos se acomodaron alrededor de la hoguera. Jorge se dedicaba a colocar ramas para mantener vivo el fuego.

– Los hechos ocurrieron hace unos cinco años. En esa época salía de excursión todos los fines de semana, con un grupo reducido, normalmente seis o siete personas. Aventuras de dos días, incluso tres. Fuimos desde General Acha hasta Puelches. Hacía un calor intenso y pegajoso, aunque el paisaje valió el esfuerzo. La primera noche acampamos en el mismo valle. Nuestro guía nos ofreció una crema de color pardo y que olía a zorrino. Decía que ahuyentaba a los murciélagos. “Esto ahuyentaría al mismísimo diablo” le dije arrugando la nariz y apartando la cara del bote.

– ¿Qué problema hay con los murciélagos?– preguntó Jessica.

– Pueden estar infectados de rabia. Es muy peligroso si afecta al sistema nervioso– respondió Jorge.

Jessica se estremeció. Miró a su alrededor para comprobar que estaban solos. Alejandro miró a Jorge, apenas se le vislumbró una sonrisa y continuó con el relato.

– Uno de los compañeros menos experimentado, Alexey, no quiso aplicarse la crema. La encontraba demasiado repulsiva. A pesar de todas las explicaciones que le dieron se negó a ponerse la pócima. El guía frunció el ceño y le dijo “Entonces sólo podrás tenerlos a raya mediante el fuego. Deberás cuidarlo y mantenerte cerca de él”. A lo largo de la noche, Alexey alimentó la hoguera cada dos horas más o menos y a pesar del calor sofocante, no se alejó más de dos metros. Por la mañana le picaba la oreja izquierda y al rascarse descubrió horrorizado que ya no la tenía y la herida sangraba.

– ¡Que horror! ¿Cómo es posible?– dijo Jessica.

Alejandro le miró con los ojos desorbitados y prosiguió el relato:

– El fuego estaba consumido, apenas quedaban unas pocas brasas. Ni siquiera recordaba haberse quedado dormido. En un ataque de histeria no paraba de gritar. Los compañeros de excursión se quedaron atónitos, y miraban aterrorizados. “Qué vamos a hacer con él” dijo uno de ellos, “No hay un hospital bastante próximo” El guía se

puso un guante de escalada, agarró una brasa y se la aplicó durante unos segundos. Alexey gritó de dolor. “Pero qué haces, animal” le voceó uno de los excursionistas, y el guía le respondió “Es preciso para cauterizar la herida. De lo contrario no sobrevivirá.”. Entonces Alexey se desmayó. Después de aquello no volvió a salir de excursión.

– Los murciélagos vampiros sólo chupan sangre– dijo Ramón en tono resabiado.

– Era un Mastivus, carnívoro– aclaró Alejandro.

Jorge lo miró con incredulidad y Jessica estaba espantada, los ojos casi se le salieron de las orbitas.

– Menuda estupidez– dijo Ulises con recelo.

Alejandro miró a Violeta a los ojos, quien le miraba boquiabierta. Para tranquilizarla le sonrió y le guiño un ojo. Violeta respiró ya más tranquila y le devolvió la sonrisa.

La montaña retumbó y el grupo se dio la vuelta. No localizaban de donde venía el estruendo. Jorge se incorporó intentando comprender qué estaba sucediendo. Hasta que comprobaron horrorizados como los árboles se agitaban al paso de una avalancha. Corrieron intentando escapar. Jorge tropezó y cayó al suelo. El primer instante gateó para ponerse en pie. Alejandro al verlo se detuvo y le agarró del brazo. Jorge consiguió levantarse y seguir corriendo, aunque la nieve ya estaba cubriendo el lugar y golpeaban sus piernas como si fuesen piedras. Los guindos se retorcieron y acabaron crujiendo por la presión. Al final la avalancha les alcanzó y quedaron sepultados por la nieve.

Jessica gemía de dolor. Se incorporó sujetándose el costado con la mano. Estaba aturdida, no sabía hacia donde caminar. Lloraba desolada al comprobar como la avalancha había cubierto a sus compañeros. Caminó con dificultad a través de la nieve, en busca de los demás. Tropezó con un objeto blando y quedó de rodillas. Al palpar con la mano descubrió un cuerpo y le retiró la nieve.

– Violeta– gritó desesperada.

A unos metros de ella, Ulises asomó la cabeza y tosió con fuerza varias veces. Parecía que los ojos le iban a estallar.

– Ulises, ayúdame con Violeta– gritó Jessica.

Ulises se giró, pero parecía ido, no reaccionaba y seguía tosiendo. Jessica agitó a Violeta y la abrazó contra su pecho.

– Violeta, ayúdame– dijo Jessica. Cerró los ojos y siguió llorando.

– Dónde estamos– preguntó Violeta. Su voz era ronca y se frotó la cabeza.

–¿Puedes sentarte? ¿Estás bien?– dijo Jessica, y sonrió de alegría.

– Haré lo que pueda.

Jessica siguió buscando, no podía contar con Ulises, de momento. Las piernas se le hundían hasta las rodillas. Entonces vio un brazo, lo agarró y apartó la nieve a su alrededor. Volteó el cuerpo y vio que era Jorge. Jessica se estremeció y volvió a llorar. Tenía una brecha en la sien, de la que ya no le

salía la sangre. Tenía los ojos abiertos e inexpresivos. Jessica se apartó y prosiguió la búsqueda.

Ulises se puso en pie y se frotó la cara. Cuando vio a Violeta y a Jessica, se alegró. Miro a su alrededor y comenzó a ser consciente de lo sucedido.

– ¿Cuántos faltan?– preguntó, casi por decir algo.

Nadie respondió. Violeta vio una chaqueta que asomaba.

– Aquí hay alguien. Ayudadme a sacarlo– gritó desesperada.

Jessica se acercó dando zancadas en la nieve. Ulises al acudir tropezó con otro cuerpo.

Jessica y Violeta desenterraron a Justin Evans. Estaba inconsciente pero respiraba sin dificultad.

Ulises apartó la nieve con rapidez. Sus grandes manos cundían como las de tres personas. El cuerpo estaba boca abajo y le dio

la vuelta. Era Ramón, estaba vivo y aunque tenía los ojos abiertos estaba aturdido y no respondía. El primer instante Ulises frunció el ceño y retorció la boca. Luego, sin pensarlo más, agarró a Ramón y lo llevó a la zona soleada.

– Ayúdanos a llevar a Justin– dijo Violeta.

Ulises avanzó con rapidez hasta donde se encontraba Violeta, agarró a Justin y lo llevó junto a Ramón.

– ¡La tienda! ¿Qué ha sido de ellos?– pregunto Ulises.

Jessica se dio la vuelta. Observó que la tienda, al estar algo apartada, apenas había sufrido con la avalancha. Se acercó para comprobar como estaban sus ocupantes. Abrió la tienda. Omar y Vianney, que se había quedado cuidándolo, estaban dormidos.

Violeta pisó otro cuerpo, estaba bastante más enterrado.

– Aquí hay otro.

Ulises se acercó con rapidez y se apresuró a retirar la nieve. Alcanzaron a ver que era Alejandro. Lo sacaron de la nieve y entonces se quejó del dolor.

– Cuidado, que me hacéis daño– dijo Alejandro. Se llevó una mano al costado derecho.

– No te muevas– respondió Violeta.

Alejandro observó que tenía una rama clavada entre las costillas. Cerró los ojos. Le temblaban los labios.

– Arráncamela– gritó Alejandro.

– No. Podría ser fatal– respondió Ulises.

– No puedes dejármela clavada. Además me dificulta la respiración.

Alejandro intentó retirar la rama, pero Violeta se lo impidió.

– Si te la arrancas, es posible que provoques lesiones más graves.

No quiso escuchar, apartó las manos de Violeta, y sin que pudiesen evitarlo estiró con fuerza, extrayendo la rama. Siguió respirando y miró a Violeta.

– Ya me siento mejor– dijo con una sonrisa.

Violeta y Ulises se miraron incrédulos. Estaban asombrados, y a la vez aliviados, al comprobar que la herida no tenía importancia. Alejandro comenzó a toser. Una tos seca, pero que no podía reprimir. Cada vez con mayor intensidad, hasta que empezó a expulsar sangre. Ulises miraba impotente, tapaba la herida del costado y le sujetaba la cabeza. Alejandro cada vez expulsaba más sangre al toser. Violeta lloraba y se cubría la boca, queriendo evitar que le oyese. Entonces Alejandro se retorció de dolor y expulsó una gran bocanada de sangre. Dejó de respirar. Tras unas cuantas convulsiones se quedó inmóvil, con la mirada perdida. Ulises dejó escapar una lágrima. Pasó la mano por la cara de Alejandro y le cerró los ojos.

Estaban abatidos. Violeta apoyó la mano sobre el pecho de Alejandro mientras lloraba. Con la otra mano le acariciaba el pelo.

– Vamos a enterrarlos en nieve– dijo Ulises.

Violeta se subió el cuello del chaquetón. Ulises aparto el cuerpo de Alejandro unos 20 metros, luego llevó el de Jorge a su lado. Antes de cubrirlos, los demás quisieron rendirles un último tributo. Vianney prefirió quedarse junto a Omar, que seguía con fiebre. Violeta volvió a acariciar el pelo de Alejandro, entonces retiró la mano con rapidez y grito horrorizada.

– Qué sucede– dijo Ulises sobresaltado.

– Mira. La oreja. Era verdad lo que contó– dijo Violeta sollozando.

Ulises tapó con el cabello lo que restaba de la oreja de Alexey. Luego comenzó a cubrirlos de nieve. Jessica fabricó un par de cruces con ramas de guindo y las colocó frente a cada montículo.

– Que Dios los acoja en su seno– dijo Jessica santiguándose.

7. LA MONTAÑA CALLÓ

José Navieras García

Madrid (España)

Nadie hablaba. La mayoría se mantenían sentados mirando al suelo, otros pocos al cielo. Todos estaban encogidos tratando de que el frío se pasara. Tenían las ropas empapadas por la nieve, haciendo imposible retener algo de calor.

No había fuego, se lo llevó la avalancha. La única cerilla que quedaba, reposaba con el cuerpo enterrado de Alejandro.

Jessica, sentada en un peñasco, se balanceaba adelante y atrás murmurando sin parar “vamos a morir, vamos a morir, vamos a morir...”. Nadie parecía escucharla.

Ulises se levantó dando un pequeño salto.

– ¡Mierda!, la última cerilla está con Alejandro –todos le miraron excepto Jessica que seguía repitiendo su frase.

– ¿Y qué quieres que hagamos?, ya le hemos enterrado –contestó Vianney.

– Pues ahora lo desenterramos y ya está –replicó Ulises mientras encaminaba sus pasos hacia el lugar donde estaban las improvisadas tumbas.

Vianney se quedó parada y comenzó a llorar mientras veía como Ulises empezaba a cavar con sus manos en busca del cuerpo de Alejandro. Justin se levantó y se dirigió junto a él para ayudarle. Ambos llevaban a cabo su tarea de forma desenfrenada, sabiendo que era la última baza que les quedaba para sobrevivir.

– ¡Hijos de puta!, ¡dejadle descansar en paz!, ¿no veis lo que estáis haciendo? ¡Dejadlo! –chilló Vianney mientras intentaba avanzar hacia ellos.

Según conseguía acercarse, continuaba chillando. Ulises y Justin habían parado de cavar para mirarla asombrados. Cuando llegó hasta ellos, Ulises le dio un revés en la cara haciéndola caer al suelo.

– Cállate imbécil. ¿Quieres provocar otra avalancha? –dijo Ulises en voz baja.

– El fósforo es nuestra única oportunidad. No hay más. ¿No lo entiendes? Solo muerte –siguió Justin.

Ambos continuaron tratando de desenterrar el cuerpo. Con toda esa nieve resultaba bastante difícil saber donde estaban sus compañeros.

Vieanney se levantó y de nuevo comenzó a insultarles, continuaba chillando y chillando. La gente de la tienda había salido y se acercaba hacia ella.

– ¡Que te calles de una puta vez! –gritó Ulises mientras la golpeaba de nuevo.

Cayó sobre la nieve, esa vez sin sentido. El resto, mientras, intentaba correr a través de la nieve para poder socorrerla. Resultaba difícil moverse. Todos chillaban para que Ulises no siguiera golpeando el cuerpo de Vieanney.

Justin comenzó a hacer señales con las manos para que se callasen y se calmaran.

– ¡No chilléis, no chilléis! –trataba de advertirles.

Jessica continuaba sus rezos, pero había acelerado el balanceo y poco a poco iba subiendo el volumen de su voz.

Sonó un ruido, un gran crujido, como si todos los árboles de la zona se partieran a la vez. Todos se pararon y miraron al cielo, menos Jessica que continuaba diciendo “vamos a morir, vamos a morir, vamos a morir...”. Cada vez más alto hasta que comenzó a gritar. El eco se había llevado el sonido de la montaña quebrada y ahora lo sustituían los alaridos de Jessica.

– ¡Que alguien calle a esa gilipollas!, nos va a matar a todos. – avisó Omar que parecía haber vuelto al mundo real.

Abraham avanzaba ya hacia ella. Otro chasquido sonó al fondo volviendo a paralizarlos. A todos menos a Jessica que continuaba chillando. Abraham llegó por fin a su lado y sin pensárselo le asestó un puñetazo que la dejó tendida en la nieve.

Con las manos apoyadas sobre las rodillas, Abraham, trataba de recuperar el aliento. Todos continuaban parados, en silencio, mirando cómo a duras penas conseguía acercarse a ellos.

– Vamos, hay que conseguir esa cerilla, si no vamos a morir. – dijo cuando hubo llegado a su lado.

Todos comenzaron a cavar con sus manos en busca del cuerpo. Lo hacían en silencio, rápido. Trataban de sacar un cadáver sin saber seguro donde estaba.

La montaña volvió a bramar como queriendo recordarles que aún seguía allí, todos se pararon a mirarla.

– Casi sería mejor irse de aquí. Alejarse. Hay mucho riesgo de avalancha –dijo Abraham casi en un susurro.

– No digas tonterías, ¿no has visto que es casi imposible andar? –respondió Violeta.

– Vosotros haced lo que querías, pero yo me voy de aquí antes de que la nieve me entierre. –Abraham había comenzado a

alejarse— Si alguien quiere venir, será bienvenido.

— Yo voy contigo —dijo Justin.

Ambos comenzaron a caminar por el mismo sitio por donde regresó Abraham. Por el mismo sendero donde antes marchó la segunda expedición. Solo que éste había desaparecido y la nieve hacía casi imposible el caminar.

Iban dejando un surco en aquel blanco manto, mientras se alejaban despacio.

— ¡Volved, separados no tendremos ninguna oportunidad! ¡Debemos encender un fuego! —esta vez era Ulises quién chillaba.

— ¡Aquí no hay oportunidades! — respondió Abraham.

En ese momento un rugido atronador sonó. Todos, ensordecidos, se tapaban los oídos con las manos, con una expresión de dolor y pánico en sus rostros. Parecía como si la montaña entera se viniera abajo. Una gran nube blanca comenzó a cubrir todo lo que había a su alcance. Engulló árboles, rocas,

ríos y lo que encontraba por el camino. En lo que quedaba de campamento todos corrían huyendo de la nieve. Buscaban un sitio donde poder guarecerse y abandonaron los cuerpos de las dos mujeres desmayadas a su suerte.

Deprisa, muy deprisa, todo comenzaba a ser blanco, cegador. Todo perdió su color y se hizo prácticamente invisible consumido por esa ausencia. La luz blanca, el suelo blanco, el cielo blanco. Poco a poco el silencio comenzó a vencer al estruendo, al ruido.

Silencio y ausencia de color. La montaña muda y ciega; callada y blanca. Todo alrededor había cambiado y parecía esperar algo que lo cambiara, que algo se moviera, que algo estuviera vivo.

Fuego Vivo

Fue un proyecto colectivo realizado por
los alumnos de Escritura Creativa de la
Escuela de Escritores de Madrid.

El proyecto se terminó
el 11 de julio de 2006